

PABLO DE OLAVIDE (1725-1803)

*LUCÍA O LA ALDEANA VIRTUOSA*

*PROLOGO*

*En cualquier situación que la suerte ponga al hombre, la virtud puede elevarlo hasta donde apenas se determinaría a levantar los ojos. La heroína de esta novela llama la atención de los grandes y poderosos desde el abismo de la mayor miseria: sus virtudes brillan en la oscuridad de su estado aun mas que si se encontrara en la mayor grandeza. Toda su familia presenta el cuadro interesante de la desgracia, no merecida, y soportada con heroicidad. El lector puede en él aprender á sufrir las adversidades, y aun á amarlas, pues pueden procurarle goces tan puros é inocentes.*

En un lugar no léjos de Madrid vivía después de algunos años un excelente hortelano. No era natural del lugar; pero había venido á servir á otro, y por su muerte se quedó con la huerta, y la trabajaba de su cuenta. Este hombre mas hábil que ninguno de los del pais, se había distinguido de todos los de su profesión por la superioridad de su talento. No solo cogia las mejores y mas exquisitas verduras, sino que se adelantaba en el tiempo á todos los demás, y podia vender los frutos nuevos ántes que ninguno. Estas ventajas le daban los medios de mantener su familia con desahogo; y como su hogar estaba situado tan cerca de la Corte, hallaba en ella fácil salida de todo lo que podía recoger; pero lo que mas le habia recomendado con todos los vecinos, era su carácter. Desde que llegó al lugar, se hizo distinguir por su conducta, su urbanidad y las costumbres mas estimables, que parecian superiores á su profesion. Ocupado siempre en su trabajo, y siendo de una condicion dulce y pacifica, nunca pudo nadie quejarse de él. No solo vendia sus frutos á ménos precio que los otros, sino que los daba de valde, cuando los pobres los pedian. En fin se hizo con todos tan bien quisto, que comunmente le llamaban Alberto el bueno.

No era ménos estimada su muger, que cuando llegó al lugar, á pesar del pobre trage que la cubria, era de una figura muy bien parecida, y ademas de su mucha dulzura y agrado, se la veian ciertos modales, que parecian mas finos que los de su esfera; pero lo que mas asombró á los naturales fue su estilo, su juicio, su retiro y los continuos actos de religion en que se ejercitaba. Era la primera que asistia á todas las funciones de la Iglesia, y se mantenia en ella con un recogimiento tan reverente y decoroso, que edificaba á cuantos la veian.

Este buen matrimonio habia traído consigo dos hijas pequeñas, Marina de cuatro años, y Lucía de tres. La madre se ocupaba mucho en su educacion, y de un modo que no era practicado ni conocido en el lugar. Todos se admiraban del progreso que hacian aquellas dos niñas, y cuando llegaron á la edad de catorce y quince años, parecian un prodigio á hombres que no estaban acostumbrados á aquella especie de tono y decencia con que

vivian. El cielo las habia dotado de hermosura y de gracias, pero la educación las habia enseñado una modestia y compostura noble y decorosa, que era desconocida entre aquellas mozas del lugar, y estas por una ironía envidiosa las llamaban las señoritas.

Su madre las habia enseñado tambien todo lo que pertenece á las haciendas de muger. Las habia acostumbrado á una especie de aseo, que á pesar de la simplicidad de sus trages, parecian como si estuvieran muy aliñadas; pero en lo que se habia esmerado mas, era en hacerlas aprender la religion; y no solo las habia instruido en ella mas de lo que se acostumbraba de ordinario, sino que las habia inspirado con su ejemplo y sus instrucciones el temor de Dios, el amor de la virtud, y la estimacion de la honestidad. Eran sus continuas compañeras en la Iglesia, y no se mantenian en ella con ménos devocion y reverencia.

Ya se ve que dos muchachas de esta especie, comparadas con el comun de las paisanas, debian parecer como estrañas, como dos flores en un campo inculto, ó como dos estrellas en un cielo oscuro. Ya se ve tambien que no podian dejar de producir muchos deseos entre la juventud de aquel lugar; pero unos no se atrevian á esplicarse, otros se sentian poco propios para aquella conquista, y los mas atrevidos se arredaban viendo la inflexible tenacidad de su modestia. Por otra parte la vigilante custodia de los padres era un continuo estorbo de todas las osadías.

Esta estimable familia vivia tranquila, debiendo su dicha y bien estar á sus trabajos, ocupaciones y virtudes, cuando la suerte enemiga del reposo de los buénos vino á cubrirla de dolor. Sinforosa, esta esposa tan respetable, esta madre tan digna, se siente acometida de una enfermedad, y en pocos dias la conduce al sepulcro. Muere entre los brazos de su esposo y sus hijas, y les dice en sus últimas palabras: Yo voy al seno de Dios, fiada en su bondad; lo único que me aflige es dejar dos huérfanas pobres en el momento de los peligros; y cuando mas necesitaban de la madre que las amaba, y de la amiga que las dirigia, pero Dios, que es el padre comun, os cubrirá con sus alas paternales. No olvideis, hijas mias, que la honestidad es la primera virtud de las mugeres, y yo me atrevo á predeciros, como si el cielo me inspirara, que si os manteneis en la pureza y honestidad de vuestro sexo, Dios os llenará de bendiciones.

¿Quién puede describir el dolor y las lágrimas de esta familia desconsolada? Largo tiempo lloráron los tres desconsolados corazones; pero al fin el tiempo y la religion obtuviéron, que cada uno volviese á sus trabajos necesarios. Ya era preciso que las dos hermanas supliesen la falta de su madre; mas esta las tenia tan acostumbradas, y la habian ayudado siempre con tanto celo, que desde luego pudiéron continuar, sin que se echase nada ménos en el servicio de la casa. No contentas las dos muchachas con hacer las haciendas domésticas, cuando las acababan solian venir al huerto á ayudar á su padre. Este sufría con pena este servicio; pero ellas insistian, sobre todo en ciertos tiempos mas urgentes, para evitarle el coste de un jornalero indispensable.

Así continuáron tres ó cuatro años mas, con la misma modestia y la misma tranquilidad. Su recogimiento era absoluto, los dias de trabajo estaban los tres dedicados cada cual á sus ejercicios; los de fiesta, despues de haber pasado una parte en la Iglesia, daban otra á

lecturas cristianas y decentes, en que alternaba el padre con las hijas. Así ocupando todo su tiempo, no daban lugar á visitas inútiles. Apénas veían ninguna persona estraña, y el único con quien trataban de continuo era con Antonio, ordinario del lugar, mozo honrado y buen cristiano, que iba con frecuencia á Madrid á hacer las comisiones del lugar, y vivía con esta profesion. Antonio despues de largo tiempo llevaba á vender las hortalizas de Alberto, y siempre le habia dado buena cuenta.

Esta familia era pues muy dichosa en su feliz mediocridad; pero no hay dicha estable sobre la tierra. Un dia que Alberto se habia subido en una escalera, para coger ciertos frutos que estaban altos, cae desgraciadamente sobre una hazada que habia dejado al pie del árbol, y le hace una herida en la pierna. Al principio le pareció poca cosa, y despues de los primeros remedios, se volvió á trabajar; pero sea que sus humores estuviesen mal dispuestos, ó que la herida penetrase mas de lo que se creyó, cada dia fué enconándose de manera, que en poco tiempo le fué imposible tenerse en pie. Entónces fué preciso llamar al cirujano, y esta fué la época en que comenzáron sus desgracias; porque á pesar de todos los remedios cada dia la herida fué tomando tal carácter de malignidad, que se temia la gangrena. En este estado Alberto no podia mantenerse mas que en el lecho, y se acabáron todos sus recursos al mismo tiempo que se aumentáron sus gastos. Sus dos hijas se pusieron á trabajar en el huerto los ratos que les quedaban; ¿pero qué podían hacer dos pobres muchachas, que por otra parte necesitaban de acompañar á su padre, asistirle y hacer las demas haciendas de la casa? Su débil trabajo no pudo impedir, que todo fuese pereciendo poco á poco, y ántes de dos meses ya no quedaba nada que vender en la huerta; pero como era necesario pagar al cirujano, y los remedios al mismo tiempo, se apuráron todas sus facultades, y les fué preciso empezar á vender algunos de sus propios vestidos. Poco despues fué menester llegar á las sábanas y ropas mas necesarias, y como la pierna lejos de curarse iba cada dia peor, llegó el caso de que faltase que vender, cuando era mas urgente gastar.

Las dos hermanas apuradas no sabían ya qué partido tomar. Alberto afligido con sus dolores; y no pudiendo ignorar la triste situacion de sus hijas, lo sufría todo con una paciencia invencible, y solo las decia: consolaos, hijas mías, Dios me castiga; pero su providencia no os abandonará. Llegó el caso que se llenáron de deudas, y que no habiendo podido pagar nada en largo tiempo de lo que se las fiaba, nadie las quería fiar mas. Viéndose en tan estrecho caso, y despues de muchas lágrimas estériles, de muchas oraciones infructuosas, y de otras mil tentativas inútiles, una noche Lucía dijo á Marina; hermana, ¿oíste á Antonio, que nos dijo ayer que una señora de la casa, en que va á hacer comisiones en Madrid, le habia encargado que la buscara en el lugar una moza honrada para que la sirva? Desde que lo oí esto, el corazon me dió un vuelco, y habiéndolo considerado á mis solas, he pensado que Padre no necesita de las dos para su asistencia, que una sola le bastaria, que así una de las dos está demas, y no hace otra cosa que comer sin ayudar. Me parece pues que una de nosotras podia ir á ofrecerse á esta Señora, que de este modo no solo aliviará á la que se quede, sino que enviándole el salario que gane, y lo que pueda recoger, contribuirá á los gastos de la curacion y subsistencia de nuestro Padre. Marina halló este proyecto tan luminoso, que la respondió, que le miraba como una inspiracion del cielo; y al instante corrió á proponérselo á su Padre. Este no pudo oirlo sin estremecerse, y sin derramar un diluvio de lágrimas. ¡Qué! decia sin poder articular bien

¡qué! ¡yo me separaría de ninguna de mis dos tiernas hijas! ¡yo me arrancaría la mitad de mi corazón! ¡no! que la muerte venga primero á sepultar mis tristes ojos; pero despues de una larga efusion de sentimiento y llanto, sus hijas le representáron todo lo que ya debian, las dificultades nuevas de cada dia para encontrar socorro, y le hicieron ver, que á pesar del dolor comun era indispensable tomar algun partido, y que no les presentaba otro la providencia. El buen Alberto acostumbrado á la resignacion se sometió á la ley de la necesidad, y dijo: hágase, pues Dios lo ordena. Entónces empezó entre las hermanas un combate de generosidad; porque cada cual queria quedarse con su padre, y que la otra fuese á acomodarse á Madrid. No era fácil conciliarlas, y el Padre no tenia valor para decidir por ninguna. Marina decia, que ella era la mayor, que tenia mas fuerza para volver á su Padre, que no podia volverse por sí mismo, y que necesitaba de auxilio, que ya ella sabia el modo, que su Padre estaba tambien acostumbrado, y que Lucía no podia hacerlo tan bien, así porque era mas delicada, como porque no podia aprender y acostumbrarse, sin que su Padre sufriera.

Lucia respondia: que no era tan difícil aprenderlo, y acostumbrarse, que se sentia bastante fuerte para ello, y que algunas veces lo habia hecho sin que su Padre hubiera sufrido: por otra parte, que debiendo una de las dos ir á Madrid, esto tocaba á Marina, que por su mayor edad y esperiencia era capaz de conducirse mejor, agradar más á sus amos, y saber libertarse de los peligros, que son mas comunes en una ciudad populosa; que ella como mas jóven, y todavía muy inesperta, no era buena mas que para la soledad de su retiro, y que por todas razones, le parecia que Marina estaria mejor en Madrid, y ella en el lugar.

Mucho tiempo duró esta lucha, sin que el padre dijera una palabra, ni pudiera hacer otra cosa miéntras duró este tan honrado altercado, que verter sin cesar un diluvio de lágrimas; pero al fin como Lucía estaba acostumbrada á mirar á su hermana mayor con cierta especie de sumision, y como esta insistia siempre en la razon decisiva de que ya su Padre estaba acostumbrado á su servicio, y de que no le queria fiar á otras manos que las suyas, no se atrevió á replicar mas, y dijo que partiria. Entónces la abrazó Marina, y su Padre la recibió entre sus brazos, inundándole el rostro con su amoroso llanto. Marina dijo, que pues Antonio debia partir por la mañana, era preciso advertirle, para ver si queria llevar á Lucia.

Antonio estuvo pronto y supondrémos las lágrimas, la despedida y los consejos del Padre y de la hermana, para decir que Lucía, cubierta de su llanto, llegó á Madrid; que Antonio debia empezar por ir á la calle de Alcalá á descargar y entregar sus encargos, y que estando en ella propuso á Lucía, que entrase en la iglesia de los Carmelitas, y le esperase allí, prometiéndola que luego que cumpliese con sus comisiones, volveria á buscarla para ir con ella á la casa donde debia conducirla. Lucía entró en la Iglesia, y se acercó al altar mayor, donde le pareció que se celebraba una fiesta.

A poco rato vió entrar una señora acompañada de su page y de lacayos vestidos todos con ricas libreas, que por acaso se puso cerca de ella: jamás habia visto Lucía una señora de esta especie: su edad parecia como de cuarenta años; pero todavía estaba muy fresca, y conservaba muchos restos de una rara hermosura. Lo que mas la sorprendió fué el aire noble que estaba derramado en toda su persona, la dignidad y decencia de todas sus

acciones, y una cierta, dulce y decorosa afabilidad que resplandecía en su semblante: jamás había visto Lucía una señora de un aspecto tan decoroso, y que la inspirase al mismo tiempo tanto respeto y amor: se figuró que tenía alguna semejanza con su madre, y no dudó tanto por su traje como por sus criados y nobleza de su porte, que era una dama de alto carácter: su vista hizo estremecer á la pobre Lucía, y volviendo los ojos al altar dijo en su corazón: ¡oh! ¡si Dios me deparara una ama como esta!

Empezó la misa, y observó que la señora se puso á oír la con toda la devoción y reverencia con que su madre la oía, y que había enseñado á sus hijas, y aunque ella, siguiendo su costumbre, procurase hacer lo mismo, la curiosidad por un lado, y por otro un cierto movimiento de benevolencia que se había introducido en su corazón, la obligaban á volver los ojos sobre aquella respetable persona; pero lo que le pareció más singular fué que la señora ponía también la vista sobre ella, y la fijaba con atención. La modesta Lucía al instante retiraba la suya, y cuando creía que ya no la veía la señora, volvía ella á verla; pero muchas veces se encontraron sus ojos, y este combate de las vistas fué tan repetido, que Lucía confusa, avergonzada y temerosa se retiró sin atreverse á mirarla de nuevo. No podía alcanzar lo que podía en ella ocupar la atención de una señora, que le parecía tan distinguida.

La misa se acabó, y las gentes empezaron á irse. La humilde Lucía no osaba levantarse por respeto; pero habiendo visto que la señora ya estaba en pie, y se iba seguida de sus criados, sin saber lo que hacía, se levanta también, y con movimiento indeliberado la fué siguiendo por detrás de todos; la señora salió y continuó á pie su camino, porque su casa estaba cerca. Lucía sin reflexión la seguía siempre, como el hierro sigue al imán. En esto pasó un caballero que saludó á la señora diciéndola, á los pies de V. E., y se detuvo á hablar con ella. Esto confirmó á Lucía en su concepto, y mientras duró la conversación se quedó detenida por detrás. La señora volviendo la vista por acaso, reparó en ella, y habiendo observado diferentes veces que siempre se mantenía allí, después que se fué el caballero se vuelve á ella, y la dice, acércate hija.

Lucía se acerca con un aire tímido y sometido. La señora la pregunta quién es, y si quiere alguna cosa. Ella la responde con los ojos bajos, que siendo hija de un padre, pobre, que no la puede mantener, ha venido á buscar amo, y que espera un mozo de su lugar que debe llevarla á una casa donde buscan una criada. Cuando decía esto pasa Antonio, quien viéndola allí sin detenerse en la señora con quien hablaba, la dice con su rústica simplicidad: yo he ido á la casa para prevenirles que estabas aquí; pero se me ha respondido que ayer han recibido otra criada, de que están contentos, y que llegamos tarde. Paciencia, otra vez seremos más felices; pero ahora es menester volvernos al lugar.

La pobre Lucía quedó aterrada con esta mala nueva, y sin poder contenerse le saltaron dos raudales de sus ojos. La señora se enterneció viendo su pena, y la dijo con dulzura: hija el cielo no falta á la virtud. Yo te miro como enviada por la providencia. Ayer se ha casado una de mis criadas, que debe ir á vivir con su marido, y yo te tomaré en su lugar. Tú no has menester recomendación. Tu modestia me ha informado de tí, y espero no engañarme. Lucía quiso echarse á sus pies para darla gracias, pero la afable dama la recibió en sus brazos, y la mandó seguirla hasta su casa, de que estaban muy cerca.

Cuando llegaron á ella dijo á Antonio: tú puedes volver á tu lugar, y dí á su padre que está sin cuidado, que queda con la Condesa de Pastrana, y que se encarga de ella.

Luego que entraron en la casa, la Condesa llamó á Doña Elvira, que entre sus criadas era la mas antigua, la de mayor confianza, y la que la servia mas de cerca. La contó lo que habia pasado, y la mandó que recibiese á Lucía en lugar de la que se habia casado. Doña Elvira la recibió con un aire agradable, y fué á ponerla en posesion de su lugar y sus encargos; pero interiormente sentida de que su ama la hubiese recibido sin haberla consultado, porque estaba acostumbrada á que la Condesa en este punto y todos los asuntos domésticos confiriese con ella, y admitiese sus consejos. Así cuando volvió, y estaba á solas con ella, preguntándola la Condesa, ¿qué le parecia de Lucía? la respondió: la muchacha parece modesta y juiciosa; ¿pero quién puede saber lo que es? Hay mucha hipocresía en el mundo, y es muy arriesgado tomar criadas en medio de la calle, sin informaciones ni seguridades. Si tú la hubieras visto llorar, la dijo la Condesa, tambien te hubieras enternecido. No cabe falsedad en carácter tan ingenuo; pero en fin ahí la tienes, y puedes observarla.

La Condesa era una de las primeras damas de la Corte, que habia quedado viuda en tiernos años, y sin hijo alguno. Era muy rica porque habia sido la heredera, y la casa era suya; pero era mas estimada por su virtud y conducta siempre decorosa. Consagrada á todos los ejercicios de la religion, su vida era ejemplar, y no habia contribuido poco á ganarla el corazon el recogimiento y respeto, con que habia visto á Lucía en la Iglesia; ¿pero cuánto creció su concepto cuando la fué conociendo mas interiormente? A cada paso se asombraba de descubrirla talentos, que no eran de presumir en una simple paisana. No solo la encontró instruida en todo lo que pertenece á las labores de su sexo, sino que la halló una noticia y un saber en asuntos de religion, que no es comun aun entre las personas mas bien educadas, y todo esto la admiraba.

Despues de algunos dias estaba indispuesta, y no hallaba otro consuelo que hacerse leer por uno de sus pages que leia bien; pero sus incomodidades la hacian sufrir largos desvelos, y su moderacion se los hacia pasar sola, por no querer hacerse leer á hora tan incómoda. Lucía que observó esto, y que la servia con el vivo interes de la mas tierna aficion, se ofreció á leerla cuando no durmiese. La Condesa oyendo esta oferta la quiso probar, y la mandó leer en un libro que la dió. Quedó asombrada oyéndola leer con tanta inteligencia y sentido. Lucía leía mucho mejor que el page. Desde aquel dia no quiso que nadie la leyese sino ella, y el page quedó muy picado.

Una de las noches que la Condesa no podia dormir, y que necesitó de alguna cosa, tocó su campanilla para advertir á Doña Elvira, que era la que se acostaba mas cerca de ella; pero al instante Lucía que estaba á los pies de su cama, la pregunta lo que quiere. La Condesa se espanta y la pregunta, porqué está allí. Lucía le responde que está para poderla leer, en caso que no duerma. Esta atencion tan fina, añadida á la continua solicitud y vigilancia, con que despues de hacer perfectamente todos sus encargos, la procuraba adivinar los pensamientos, no podian dejar de ganar el corazon de la Condesa, y viendo que Lucía era la primera á todo, y que Lucía sin poderla contener se quedaba las mas noches en vela, por si podia leerla en sus desvelos, hizo que la Condesa, para

incomodarla menos, mandase poner su cama en un gabinete que habia cerca de su lecho, y donde la tenia mas á la mano.

Esto desagradó mucho á Doña Elvira, pero no era lo único que la podia desagradar, porque ya hacia un mes que estaba Lucía en la casa, y era visible la preferencia con que la Condesa la trataba. En efecto era imposible no preferir á la que despues de ser tan superior á las demas en talentos y virtudes, la servia con un celo tan vivo y afectuoso. La Condesa la habia dicho ya muchas veces: Lucía, ¿quién te ha enseñado tantas cosas? ¿Quién te ha inspirado sentimientos tan nobles? Es imposible que tú no seas de buen nacimiento, á lo menos que no hayas tenido una buena educacion: no señora, mi padre es un pobre hortelano, y mi madre, que perdía ahora cuatro años, me enseñó lo poco que sé.

La Condesa estaba encantada con su nueva criada, su estimación y amor crecian por momentos, ya la miraba como si fuera hija: tenia en su casa un eclesiástico instruido y virtuoso, que admiraba tambien las bellas calidades de Lucía, y decia que era un ángel del cielo, que solo una gracia especial podia hacer que una aldeana en edad tan corta fuese capaz de tanta virtud, recogimiento, prudencia y discrecion. La Condesa no pudiendo desahogar de otra manera la inclinación y agradecimiento á esta criatura angelical, quiso que se la descargase de todas las ocupaciones de fatiga, para poder acercársela mas, y estar mas tiempo con ella.

Al mismo tiempo la dió algunas de sus batas, y sus otros despojos para que se los acomodasen, y la hizo vestir de una manera tan distinguida, que podia parecer su hija mas que su criada. Estos aliños sentaban tan bien á su linda figura, que mas parecia señora que aldeana. En efecto como despues de algun tiempo ya no salia al aire, su tez se esclareció, su fisonomía, que ella animaba con el deseo de agradar á su ama, adquirió nueva viveza, y una expresion mas graciosa. Sus facciones parecieron con mas lustre, y los vestidos bien ajustados á las dimensiones de su talle, desenvolvian en la forma de su cuerpo gracias y gentilezas que estaban escondidas en la grosería de su antiguo trage, porque descubrian la agilidad de sus miembros, y las bellas proporciones de sus contornos.

En pocos dias Lucía pareció otra cosa. Su gracia natural la hizo servirse de todos aquellos adornos como si la fueran propios, y como si estuviera acostumbrada á ellos. Su buen talento la hizo siempre conservar su modestia y su tono decente, y este carácter añadido á tantas perfecciones, que ponian en claro sus nuevos adornos, la hicieron parecer una hermosura, llena de espresion, y acompañada de todos los atractivos de la ingenuidad y la virtud.

La Condesa que ya la amaba con ternura, y que no podia separarse de ella, se complacia en lo que creia ser su propia obra, y era menester que la misma Lucía detuviese la efusion de su beneficencia. A pesar de su desazon aceptaba lo que no podia rehusar, porque la repulsa hubiera parecido ingratitud; pero no eran batas ni cofias lo que ella buscaba, pues nada de esto podia aliviar á su padre y hermana.

No era menester tanto para escitar el mal humor de Doña Elvira, y la envidia de las otras criadas, que orgullosas con la medianía de su nacimiento, la llamaban por irrision la

recogida en la calle, y otras veces la aldeana, ó la aventurera. Entre los gentiles-hombres de la Condesa habia uno cuyo nombre era Fadrique, y éste desde que Lucía llegó la vió con interés, y como un objeto propio para su diversion. Era un mozo atrevido, y de costumbres viciosas, pero astuto, tenia el arte de esconderlas á la Condesa, y se conducia con reserva y duplicidad. Le pareció muy cómodo que le trajesen á casa una paisana bonita, que seguramente no podria defenderse de sus insinuaciones y lisonjas; y desde luego á poco tiempo empezó á acercársele, á tratarla con dulzura, y á buscar el modo de ganar su confianza, con el pretesto de aconsejarla y protegerla.

En efecto la sencilla Lucía se dejaba ganar por aquellas demostraciones de interes, y le miraba como un hombre que la queria hacer bien, y se prestaba con docilidad á sus caricias. Cuando Fadrique la creyó bien madura, empezó á querer tomar algunas libertades, y la primera fué tomarla la mano con un ademan afectuoso. Lucía sorprendida la retira con violencia. Fadrique porfia por tomarla, pero ella se levanta presurosa, y se va derramando sobre él una ojeada de indignacion. Conoció Fadrique que se habia engañado, se imaginó que habia errado el golpe por haber acometido demasiado presto, y se propuso volver á tomar el camino mas despacio; pero en esto se engañó mas, porque Lucía no volvió á dar ocasion. Desde aquel momento jamas dió lugar á otra conversacion, ni se puso en parage de que la pudiera hablar á solas.

La sequedad y desden de Lucía picaron su orgullo, al mismo tiempo que irritaron su pasion, y como las distinciones y el amor de la Condesa, que se iban aumentando cada dia, eran nuevo ostáculo para sus esperanzas, este mozo entró en una especie de furor. Ya habian todos los criados observado en la mesa, que Lucía era muy parca, pero lo que estrañaban más era, que nunca comia el pan que se la daba, sino que lo guardaba, y que sí se le daba alguna fruta, ó cualquiera otra cosa que pudiera guardarse, tampoco la comia, y lo guardaba todo. Ya habian hecho conversacion de esto, y no sabian lo que Lucía hacia con lo que guardaba. Las criadas decian que queria hacer la delicada, afectando que comia poco en la mesa; pero que se hartaria cuando estaba sola. Fadrique mas astuto y celoso sospechó parte de la verdad.

En efecto Antonio solia venir con frecuencia á traerla noticias de su padre y hermana, y todas eran tristes, pues cada dia su padre estaba peor, y su hermana tenia menos recursos. La pobre Lucía llevaba escondido en sus faltriqueras todo lo que habia y podia recoger en la mesa, y se lo dába en secreto á Antonio, que lo llevara á su hermana. Este socorro era pequeño, pero Lucía no podia hacer mas. Ya Fadrique habia reparado estas frecuentes visitas, ya habia sospechado que este rústico podia ser un amante, ya su presuncion le habia atribuido los desdenes de Lucía, ya su orgullo habia imaginado, que sin este motivo una aldeana no le hubiera rechazado con tanto desprecio, y ya le habia ocurrido, que siendo este amante miserable, la enamorada Lucía se quitaba los bocados de la boca para mantener á su pobre galan; y atormentado por todas estas ideas quiso verificarlas, tanto por abatir la vanidad de Lucía, como por vengarse de ella, descubrir su hipocresía, y hacer ver á la Condesa la vívora que acariciaba.

Se puso pues á observarla con mucho cuidado, y un dia que Antonio vino segun su costumbre, la trajo noticias muy funestas. La dijo que su Padre estaba mucho peor, que se

temia no le entrase la gangrena en la pierna, que el cirujano le habia ordenado caldo de ternera, y otros remedios costosos; pero que Marina lejos de poder costearlos, no tenia crédito siquiera para lo mas preciso del día. La pobre Lucía no pudo oír nuevas tan tristes sin derramar un arroyo de lágrimas. Fadrique, que la observaba á distancia, aunque no podia oír lo que decian, pudo ver que Lucía lloraba con mucha amargura: su ánimo era quedarse allí para ver si le daba algo; pero para asegurarse mas, y poder probarlo mejor, le ocurrió ir á esperar á Antonio á la puerta, reconocerle, despojarle si le encontraba algo, y poder decir que le habia cogido con el hurto en las manos. Lucía, viéndose sola, le dió lo que llevaba guardado, y despidiéndose de Antonio, vino á echarse en su cama para llorar en ella con desahogo.

Fadrique, acompañado de un lacayo, espera á que Antonio salga, y con el pretexto de su celo, y de la desconfianza, le registra, y le encuentra el pan y otras cosas. Le pregunta cómo ó por qué saca esto de la casa. Antonio responde sencillamente, que Lucía se lo ha dado para su hermana. Fadrique le replica que ese es un pretexto, y que es una desvergüenza, que un rústico como él tenga osadía de venir á socaliñas con las criadas de una casa como aquella; que no se atreva á volver otra vez, porque si vuelve se le castigará como merece. El pobre Antonio aturdido se escapa lo más presto que puede, y Fadrique recoge en un pañuelo todos aquellos despojos, para llevarlos á las otras criadas, como el trofeo de su expedicion.

Ya se puede discurrir, qué gozo causaria este descubrimiento en aquellas almas envidiosas, y mientras ellas estaban en esta algazara, Lucía lloraba en su cama con triste desconsuelo. La Condesa, que no se hallaba sin ella, fué á buscarla á su cuarto, y se sorprende de hallarla sobre el lecho. Lucía por disimular su pena, la dice que tiene dolor de cabeza, y su tierna ama la dice que no se mueva, y que va á salir á una visita. En efecto sale, y entre tanto las otras criadas hacian su conjuracion, y se preparaban á hacerla conocer la nueva criada que la habia entrado tanto por el ojo; esta era su espresion.

Lucía despues de haber dado mucho desahogo á su llanto, empezó á hacer reflexiones: consideró que ya habia mas de cuarenta dias que estaba en la casa, que ya se la debia mas de un mes, que la casa de la Condesa estaba tan arreglada, que el primero del mes se pagaba á todos los criados, y que si á ella no se la habia pagado el precedente, era por haber entrado á la mitad del mes; pero que en el primero que iba á entrar, se la pagaria el ya pasado con los dias que tenia de mas. Veia pues que dentro de poco tendría un socorro que enviar á su hermana; pero esto no la consolaba, porque el mal de su Padre era urgente, y no podia esperar tanto. No dudaba que si pedia á su buena ama que se la pagase, desde luego lo haria; pero en esto sentia una extrema repugnancia. La cortedad de su genio, que no estaba acostumbrado á pedir nada, la hacia muy áspero este paso. Por otra parte temia que si era conocida en la casa la bajeza de su estraccion, y la miseria en que se hallaba su familia, la desdeñasen mas las criadas, y que aun la misma ama, á pesar de ser tan buena, la juzgase indigna de alternar con ellas.

Estas reflexiones la agitaron mucho; pero viendo que el peligro de su padre era muy urgente, á pesar de su discrecion y sus temores hizo un esfuerzo sobre sí, y se determinó á pedir á su ama, que la hiciese pagar desde luego, sin decirle otra cosa, sino que su Padre

estaba enfermo. Mucho combate la costó resolverse, y solo el riesgo de su Padre podia obligarla á esta violencia, y cuando ella estaba en este combate, su ama la llama.

La Condesa estaba acostumbrada á ir los sábados al anochecer á la iglesia de los Carmelitas. Iba á pie y no se hacia acompañar mas que por una criada. Aquel dia llama á Lucía, y la dice, ponte la basquiña, y ven conmigo á la Iglesia. Lucía obedece, y como la intencion de la Condesa era ir despues á una visita, dió orden de que la llevasen el coche á la puerta de la Iglesia. Fué pues a pie con Lucía. Despues de haber hecho oracion, tomó su coche, y dijo á Lucía que se volviera á pie.

Fadrique y las criadas, alegres de haber hecho aquella descubierta, no esperaban mas que la vuelta de la Condesa, para darla cuenta de todo, exagerando con malignidad lo que creian liviandad de Lucía, y apénas llegó, cuando Doña Elvira, que por su mayor crédito se habia encargado de la comision, fué á verla con un pañuelo en la mano, y derramando sobre una mesa, que estaba allí cerca, los mendrugos y demas restos que Fadrique habia arrancado de las manos de Antonio, la dijo con un aire muy satisfecho, y con un tono que cantaba el triunfo, ve aquí lo que es tomar criadas en la calle, sin informarse ni de su nacimiento, ni de sus costumbres. La Condesa no pudiendo entenderla, la preguntó ¿qué queria decir?

Entónces la contó lo que habia pasado; pero añadiendo reflexiones muy malignas sobre lo que ella y las demas habian observado, la dijo, que Lucía estaba inquieta, cuando el mozo del lugar no parecia, que anda siempre preguntando si habia venido, que cuando llegaba corria presurosa á hablarle, que sus conversaciones eran siempre secretas, que Lucía le mostraba tanta ternura, que lloraba cuando le hablaba, que su pasion era tal, que se privaba hasta del alimento necesario por guardarle lo que podia, y que sin duda aquel mozo era alguna mala cabeza, pues necesitaba de este socorro para vivir; en fin la hizo una pintura de todo con tan falsos y malignos coloridos, que no se podia atribuir la conducta de Lucía, mas que á una pasion indigna, y mal empleada en un mozo vil. Doña Elvira decia, que sin dura era alguna moza ruin, que no teniendo asilo, habia venido á la casa para pasar algun tiempo, miéntras se acomodaban sus negocios, y que un dia de repente se escaparia con su galan; que por eso era menester tener cuidado, para que no se llevase alguna cosa.

La Condesa quedó sorprendida con una relacion tan contraria al concepto que habia formado de Lucía; pero Doña Elvira habia añadido circunstancias tan agravantes á la historia, y particularidades tan malignas, que si los hechos eran ciertos, era imposible ver otra cosa, que un enredo amoroso de Lucía con Antonio. Tambien entonces la Condesa se acordó del modo y la porfía con que Lucía la siguió en la calle cuando salia de la Iglesia, y del poco miramiento con que Antonio, cuando hablaba con ella, la dijo, que en la casa donde pretendia ir, habian tomado otra criada. No la parecia natural, que en su presencia Antonio se hubiera atrevido á esta falta de respeto sin algun designio, y entrevió que esta podia ser una trama urdida para interesarla, y que podian haber concertado engañarla, para hacer de su casa el receptáculo y el abrigo de su correspondencia.

Esta sospecha debía ofender su dignidad, y desde luego asustó su conciencia; pero cuando volvía los ojos sobre Lucía, y se acordaba de su sencillez, candor y sus otras calidades, la parecía incapaz de tan estudiosa perfidia. Por otra parte ¿cómo imaginar, que una muchacha tan bien criada, de tan extraordinarios talentos, y tan excelentes prendas, pudiese poner su corazón en un mozo tan rústico, como parecía Antonio, y de figura común y desagradable? Si esto es, decía en sí misma, esta será nueva prueba de la incomprensible extravagancia del gusto de las mujeres; pero la costaba pena persuadirse, que Lucía fuese capaz de este exceso de depravación, y al mismo tiempo de todo el arte y malicia que suponía este enredo. Mientras la Condesa examinaba estas cosas en su interior, la vanagloriosa Doña Elvira gozaba de su victoria, y no acababa discursos que indicaban la confianza que tenía en su penetración, y cuánto era superior á la de su ama. Tampoco cesaba de repetir, que ninguna de las criadas de la casa podía vivir con una mozuela advenediza y viciosa, que deshonoraba la familia. La Señora cansada de su jactancia, y de tantas impertinencias, la mandó que la dejase sola.

Quedó afligida. Por un lado temía verse forzada á perder el concepto y el amor que ya sentía por Lucía, y las almas generosas y sensibles, no pierden sin pena estos sentimientos dulces y nobles: por otra parte estaba como corrida de haberse engañado, y de haber dado este motivo de jactancia á Doña Elvira y sus demás criadas; pero á pesar de todas las apariencias, no lo podía acabar de creer, y pensaba en los medios de averiguar la verdad, para tomar el partido que exigieren las circunstancias. Estando en estas reflexiones entró Don Francisco, que era su capellán, y conociéndole por hombre cuerdo, que merecía su confianza, se lo contó todo. Don Francisco no quiso creer nada: dijo que Lucía era incapaz de tanto artificio, y que sin duda había en esta historia malicia y envidia de criados. Su buen juicio le hizo casi adivinar la verdad, pues añadió, que si lo que se decía de enviar la comida y frutas, era cierto, parecía más verosímil que lo enviase á su familia, que podía ser muy pobre, y que esta sería una nueva prueba de su buen natural.

Dejemos esta conferencia para volver á Lucía, que ignorante de todo lo que se tramaba contra ella, y determinada á pedir á su ama el salario que se la debía, volvía ya de la Iglesia consolada, porque se había fijado en esta idea; ¡pero triste consuelo! la suerte la preparaba nuevos pesares. A pocos pasos tropezó con un bulto que la pareció extraño, y bajándose para cogerlo, se halla en la mano un bolsillo, que era muy pesado. A pesar de la poca práctica y uso que tenía de estas cosas, la pareció que era dinero; mira por todas partes, y no ve á nadie, reconoce también que no han podido ver que lo ha cogido; pero no pudiendo detenerse allí para reconocerlo, corre presurosa, entra en su casa, va derecha á su cuarto, cierra la puerta, y abre el bolsillo. ¡Cuál fué su asombro cuando ve que está lleno de oro, que hay muchos doblones de á ocho, y otros de especies diferentes! ¿Quién puede pintar la admiración y asombro de Lucía? Quedó fuera de sí, atónita y confusa, sin poder formar una idea: jamás había visto tanta riqueza junta. La cogió un temblor de cuerpo, que no podía sosegar, y pasó mucho tiempo sin saber lo que hacía, ni dónde estaba.

El primer pensamiento que le vino al espíritu, fué que la providencia la enviaba aquel dinero para socorrer á su Padre, y al instante la saltan dos raudales por los ojos, se pone

presurosa de rodillas, y con voz alterada por el llanto esclama: ¡Yo te doy gracias, Dios de bondad! ¡Dios de misericordia! ¡Que bien decia mi madre; que tu providencia nunca falta á los que en tí confían! Tú te has dignado de echar una ojeada favorable sobre tu indigna criatura. Yo te doy gracias de lo íntimo de mi alma. ¡Quién no te amará, Padre benéfico, que sabes proporcionar tus socorros á las necesidades!

Transportada con esta idea esconde el bolsillo en su seno, como si temiera ser sorprendida, ó como si recelara que vinieran á quitarle su tesoro; pero no pudiendo sosegar, saca otra vez el bolsillo, le vuelve á abrir de nuevo, y mirar las piezas que contiene. Quiere contarlas sin poder hacerlo nunca, porque la turbacion la impide. Vuelve á empezar de nuevo, y deja de contar, para considerar el monton de ideas que se atropellan en su cabeza. Quisiera tener alas para volar á su lugar, siente no haberlo encontrado ántes para enviarlo con Antonio, computa cuando podrá volver, y le parecen eternos los momentos que pasarán hasta entónces, se desahoga con la reflexion de que ya no tendrá que pedir nada á su ama, y todos estos pensamientos tan atropellados eran interrumpidos con estas exclamaciones: ¡Bendito sea el Dios de piedad! ¡bendito sea el Padre de los hombres! que los Angeles y bienaventurados me ayuden á darle gracias. Yo me hubiera vendido por una de estas monedas para socorrer á mi Padre, y el cielo me envia tantas juntas.

Después se pone á reflexionar lo que se podia hacer con este dinero, y hace las cuentas que la dictaba su buen corazon. En primer lugar decia, esta desde luego servirá á curar y sanar á mi padre; pero como hay mucho mas de lo que será menester, mi hermana y yo nos podremos tambien mantener, porque pues el cielo me ha socorrido con tanta liberalidad, ya no necesito servir, ya puedo ir á mi casa sin incomodar á mi hermana, y es justo que vaya á servir á mi Padre, y ayudarla. Mucho sentiré dejar una ama tan buena; pero yo se lo contaré todo, y me dará licencia, porque se hará cargo que esta es mi primera obligacion. En esto volvio á repasar el dinero, y se pasaba los doblones de una mano á otra; la parecia que habia allí un tesoro inagotable, y volvia á decir, pero aquí hay mucho. No solo podremos curar á mi padre, y mantenernos mucho tiempo, sino que nos quedará todavía. Tanto mejor, añadia, yo se lo daré á mi hermana para su dote, Marina es la mayor, y es justo que se case la primera. ¡Ah! cuando yo vea á mi Padre bueno, y sin necesidad de trabajar para vivir, si veo á Marina bien casada, ¿quién será tan dichosa como yo?

En estos y otros pensamientos que pasaban por su cabeza con incomparable rapidez, tenía su corazon tan dilatado y gozoso que no se hubiera trocado por la primera princesa de la tierra. A un tiempo veia la salud de su Padre, la felicidad de su hermana, la esperanza de volverse á vivir con ellos, y la idea de ser ella el instrumento del bien de todos. Su agitación era tan viva, que sin poder sosegar corria por el cuarto, y unas veces de rodillas, y otras levantando los brazos al cielo repetia continuas gracias á Dios por tan inesperada y prodigiosa fortuna, y se acordó hasta de una pobre muger anciana, que vivia cerca de su casa, y se decia: Anda, buena Agustina, tú me ayudarás á dar gracias á Dios, porque tú tendrás parte en su beneficio.

El que sin saber la causa hubiera visto á Lucía en este estado de agitacion y convulsiones, la hubiera creído loca; pero cuando estaba mas anegada en esta inundacion de gozos y placeres, una negra y funesta luz la pasa súbita como un relámpago, y la sumerge en un abismo de confusion: Lucía se detiene de repente, y se pregunta, ¿pero qué puedo yo usar de este dinero? Alguno ha perdido este bolsillo, es regular que lo busque: ¿tendré yo el valor y la infamia de negarlo y esconderlo? Bien sé que nadie me ha visto; ¿pero no me ha visto Dios? Aun cuando no lo buscaran, ¿puedo yo apropiarme lo que no puedo dudar que pertenece á otro? Esta nueva idea la consterna, al instante huyen de su vista todos los consuelos, su corazon se turba, una luz pavorosa la ofusca, y sus ojos vuelven á deshacerse en abundante llanto, no ya con lágrimas dulces como las primeras, que nacian del placer y admiracion del hallazgo, sino con lágrimas amargas, hijas de la perplejidad, de las angustias y las dudas.

Se detiene á discurrir qué partido debe tomar, y la acometen todas las seducciones del deseo: se dice á sí misma, que sin duda aquel dinero es el de alguna persona rica á quien no hará falta, y que para ella es la vida de su Padre, y el descanso de su familia, que sin causar daño grave al que lo pierde, puede hacer mucho bien al que lo encuentra; pero no se puede disimular que esta es una idea, aunque lisonjera, falsa. Siente que no puede sosegar su inquietud, ni satisfacer sus ansiedades: su corazon la rechaza este pensamiento, y su conciencia se estremece, al fin reconoce que es indispensable dárselo á su ama para que haga buscar á su dueño, y entónces echando sobre el bolsillo una mirada triste y dolorida, le dice: Anda léjos de mí, oro infeliz, tú no puedes mas que engañar, tú no sabes hacer felices, y yo no te he encontrado mas que para que redobles mis tormentos.

Determinóse pues á llevar el bolsillo á su ama, y renovó su resolucion de pedirla que mandase se la anticipara su salario. Pareciéndola que ya era hora de que hubiese vuelto, se puso en disposicion de ir á buscarla; pero era tanta su pena de privar á su Padre y Hermana de un socorro, que tanto habia lisonjeado la ternura de su amor filial, que ántes de llegar á la puerta se volvió á detener para decirse, pero si yo sacara solo un doblon de á ocho, nadie conoceria la falta. Esta seria poca pérdida para el dueño, y mi padre hallaria quizá la salud y la vida. Este temperamento la seduce, y al instante con un movimiento indeliberado, saca un doblon de á ocho, y lo esconde en su seno.

Pero apénas toca el oro sus inocentes y puras carnes, cuando el corazon la da una sacudida como si quisiera rechazarlo. El remordimiento se vuelve á apoderar de su alma, y con una voz alterada se dice, ¿qué vas á hacer infame? ¿Tú quieres ser ladrona? Si no puedes guardar el bolsillo, tampoco un doblon. Y sacándole apresurada de su pecho, le arroja con violencia sobre los otros. Se confunde, se avergüenza de la bajeza que iba á hacer, se indigna contra sí misma, por haber abrigado un instante pensamiento tal vil, se pone de rodillas, pide perdon á Dios, y esclama: piedad, Señor, defiéndeme de mi flaqueza.

Entónces sin detenerse mas, ni dar oido á nuevas reflexiones, sale presurosa con el bolsillo en la mano, va á la pieza en que su ama solia residir, la encuentra á solas con su Capellan, que hablaban precisamente de ella; pero Lucía iba tan ciega, que sin contenerse

por su presencia, cubierta de lágrimas, se echa á sus pies, y la arroja el bolsillo en las faldas. Allí con voz que interrumpian los sollozos, y sin poder casi pronunciar las palabras, la dijo: Señora, salvadme de mí misma. Yo iba á hacer una bajeza, á cometer un delito: tomad ese bolsillo que me he encontrado en la calle.

La Condesa se habia asustado viendo á Lucía tan descompuesta, no pudiendo entender lo que la queria decir: creyó que noticiosa de la acusacion vendria á justificarse; pero viendo su angustia, su dolor, y las desconsoladas lágrimas que derramaba, la dijo: sosiégate hija. La hizo sentar á su lado y despues de haberla dado algun tiempo, para que se desahogara, la volvió á decir: dime Lucía, qué es lo que te aflige, y está segura de que haré por tí cuanto pueda. Entónces Lucía empezó á contarla toda su historia con mucha ingenuidad, y muchas gracias, la contó el motivo que la habia obligado á venir á Madrid, y en su relacion no omitió nada, ni la pena que habia sentido en pedir la anticipacion de su salario, ni la tentacion de guardar el bolsillo, ó á lo ménos un doblon de á ocho, y acabó por pedirla, que la mandase dar lo que se la debia.

No pudieron la Condesa y su Capellan oir esta inocente historia, contada con tanta sencillez y ternura, sin enter necerse tambien. Uno y otro escuchaban tantas virtudes, tanto amor filial, y tanta sinceridad con asombro, y ya sus ojos estaban cubiertas con el llanto de la admiracion. La Condesa se levanta, toma á Lucía entre sus brazos, la estrecha en ellos, y mezclando las lágrimas que derramaba, con las suyas, la dice con voz afectuosa: ¿porqué, hija mia, no me lo has dicho desde luego? ¿Cómo has podido desconfiar tanto de mí? ¡Ay Lucía! jamas olvidará mi corazon esta queja: pero no quiero ahora afligirte mas. Yo olvido la injusticia que me has hecho, para no pensar mas que en tu consuelo. Cuánto siento que sea tan tarde; pero mañana se remediará todo. Anda, hija mia, sosiégate ahora, vete á acostar, y duerme tranquila, porque mañana muy temprano irémos contigo D. Francisco y yo á ver á tu padre, y trataremos de curarle.

Lucía queria renovar la sus gracias, pero la Condesa, viéndola tan fuera de sí, la mandó seriamente que se fuera á acostar, y ella obedeció. La Condesa se quedó con su Capellan, admirando tanta virtud de una pobre aldeana, y dando gracias á Dios de la ocasion que la ofrecia de hacer una obra buena. Al otro dia se ponen en camino, y llegan al lugar. Marina se turba viendo á su puerta un coche con un tiro, tantos criados con ricas libreas, y gentes dentro, que la parecieron de mucho porte. La pobre muchacha se puso á temblar, porque Antonio la habia contado lo que le pasó la noche precedente con Don Fadrique, la violencia con que le arrancó lo que Lucía le habia dado, y el orden que habia recibido de no volver á la casa. Temió que esta visita fuese una consecuencia de aquella avéntura. Temblaba de lo que podia suceder, y estaba inmóvil á la puerta de su cuarto; pero ¿cuánto creció su espanto cuando vió, que aquellas personas entraban, y que entre ellas venia Lucía, no ya con trage de paisana, sino con el aseo y aliño de la corte? Luego que Lucía la vió se fué á ella, y la enlazó entre sus brazos; pero con la misma ligereza la dejó, para ir al cuarto de su padre.

Entre tanto la Condesa, el Capellan y un Gentil hombre que tambien venia, iban entrando, y Marina ni sabia qué pensar, ni se atrevia á mover. Estaba tan trémula y turbada que la Condesa advirtió su inquietud, y la dijo: no temas hija, que no venimos á haceros mal,

llevanos al padre de Lucía. Marina los conduce, y ya Lucía colgada del cuello de su padre, lo bañaba con el agua que salía de sus tiernos ojos. El Padre no ménos inundado en su llanto, y sorprendido de visita tan inesperada daba gritos para desahogar la opresión de su pecho. Este espectáculo de amor paterno, y ternura filial enterneció también á los estraños, y todos lloraban con una dulce sensibilidad.

Al fin fué preciso calmarse, y despues que la Condesa se informó de su estado, y que el padre la dió gracias por la bondad con que trataba á su hija, se pensó en los medios mas eficaces para su curacion; uno fué enviar á buscar un cirujano de un lugar vecino, que tenia buena reputacion, y miéntras llegaba, el padre mandó á sus hijas, que se retirasen, porque queria hablar con la Condesa á solas: ellas se fuéron, el Capellan tambien queria retirarse; pero Alberto viendo un eclesiástico de aspecto respetable, y de la confianza de la Señora, la pidió que no se fuese, y cuando estuviéron solos, dirigiéndose á la Condesa la dijo así:

Yo tengo, señora, en mi corazon un secreto, y estaba ya resuelto á sepultarle conmigo; pero viendo que la providencia me envía en mis últimos momentos una tan gran Señora, me parece que no me la envía sino para que le deposite en su seno, y que la ha escogido para amparo y proteccion de dos pobres huérfanas, que sin ella iban á quedar abandonadas. Yo no soy aldeano, Señora, el cielo me hizo nacer de una calidad distinguida. Grandes desgracias me han conducido á este estado: mis hijas no lo saben, porque viendo mi suerte siempre desdichada, sin entrever jamas una esperanza de remedio, me pareció prudente no descubrirlas nunca su nacimiento, pues esta noticia no podría mas que inspirarlas orgullo, y hacerlas ménos soportables las incomodidades y abatimientos de la miseria. Yo me decia, siempre será tiempo de que lo sepan, si Dios abre alguna puerta á la mudanza de mi suerte; pero Dios no me ha abierto hasta ahora el menor resquicio, y me veo á los umbrales de la muerte, sin que hasta este momento se me haya presentado el menor consuelo. Mi dolor no era morir, sino morir tan abandonado del cielo y de los hombres, que moria sin tener á quien volver los ojos, y encomendarles dos tiernas hijas criadas en la virtud, y espuestas á todos los riesgos de su edad. Me sometia á los decretos de la providencia; pero me parecia, que pues el cielo las condenaba á vivir siempre en la pobreza y el oprobio, era mejor dejarlas ignorar su calidad, para que pudiesen sufrir con mas paciencia.

Vuestra venida, Señora, es el primer rayo de luz que brilla á mis ojos, despues de una tan larga como profunda oscuridad; y me avergüenzo de haber desconfiado de la providencia, pues es visible que os envía en mis últimos momentos, para que seais el amparo de mis pobres hijas, para que yo os descubra mi secreto, para que vos podáis hacer el uso que vuestra prudencia os inspirare, y en fin para que muera consolado. Ya tampoco hay riesgo en que lo diga, pues que la muerte va á librarme del miedo de los hombres; y ya no debo temer mas que á Dios. Aquí el venerable Alberto se desató en llanto, los sollozos viniéron á cortarle la voz, y le fué imposible continuar su discurso.

La Condesa enternecida se acercó á su lecho, y tomándole la mano le dijo: consolaos, Señor: el Cielo lo hace todo para nuestro bien: quizá os querrá conceder la salud, y nosotros vamos á pensar en esto con el celo mas vivo; pero si determina llevaros para sí,

yo os prometo en su nombre, que me encargaré de vuestras hijas, que cuidaré de ellas, no solo miéntas me dure la vida, sino que dispondré que nada las falte despues de ella; pero veamos ahora lo qué es posible hacer para vuestro consuelo y recobro. Alberto besando su mano, y empapándola con sus lágrimas, la dió gracias, y despues de haberse sosegado la volvió á decir:

¿Habeis oido hablar, Señora, de la muerte del Duque de Palma? Sí, señor, le respondió la Condesa, y he sabido toda la historia, porque era muy amigo de la familia. Este triste suceso pasó ahora veinte años: afligió mucho la familia, porque era el único heredero de una grande casa; pero tambien era muy terrible y violento. Yo le conocia, y jamas ha habido un carácter tan impetuoso y atrevido: en Madrid mismo habia hecho ya muchas insolencias, y sin el crédito de su padre en la corte, hubiera sido muchas veces castigado; pero este padre que no tenia otro heredero, y era idólatra de su hijo, se contentaba con reprenderle, esperando que el tiempo le corregiria.

Tambien con este fin le hizo dar un regimiento, y le obligó a ponerse á su cabeza, con la esperanza de que el trato con los oficiales, que no le sufririan sus insolencias, le forzaria á la moderacion; pero nada bastó, pues á poco tiempo de estar allí, tuvo un encuentro con un caballero que le mató, y yo he oido que el matador tuvo razon, pues en su casa misma, y casi á su vista, quiso usar de violencia con su propia muger, que segun dicen, era tan amable como virtuosa. Sí, señora, le interrumpió Alberto con un suspiro, jamas ha nacido una muger mas digna y respetable; ¡pero ay! esa muger era la mia, y yo he sido el matador de Palma.

La Condesa se quedó sorprendida; pero Alberto continuó así su historia. Yo nací en una de las mas distinguidas y acomodadas familias de mi pais, y siendo hijo único, era uno de los más ricos. Mis padres murieron dejándome en corta edad, y un tio anciano y virtuoso, que se encargó de mi educacion y tutela, no solo pensó en aumentar mis bienes, sino en criarme con principios de religion y virtud. A la edad de veinte y cinco años ví á Sinforosa, hija de los marqueses del Fresno, y mi corazon sintió los primeros fuegos de una pasion pura y encendida; la pedí á sus padres, me desposé, y hallé en ella un tesoro de prendas y virtudes.

Yo me hallaba con ella el hombre mas feliz del universo, porque conocia todo su precio, y cada dia la descubria nuevas perfecciones. Habia dos años que gozaba de la vida mas dulce. Mi esposa me habia dado ya dos hijas; la una es vuestra criada Lucía, la otra es la pobre aldeana que habeis visto aquí; pero entónces ellas y su madre hacian mi única felicidad; tanta gloria no es hecha para la tierra. En aquel tiempo llegó á la ciudad en que habitábamos, y en que yo era el mas dichoso de los mortales, el Duque de Palma: su nacimiento, su juventud, su esplendor le hiciéron abrir todas las casas, y tambien vino á la mia; pero á poco tiempo se empezó á hablar de él como de un mozo insolente y sin juicio, que queria atropellarlo todo al gusto de sus caprichos; sobre todo se decia que trataba á las señoras sin decencia ni respeto, y que se tomaba groseras libertades.

Con esto muchas empezaron á cerrarle sus casas, y mi muger, que habia tenido la desgracia de parecerle bien, y que ya le habia visto muy familiar y atrevido con ella, dió

un órden absoluto de que no se le dejase entrar; pero él atropellando un día los criados, entra á la pieza en que estaba, y quiere usar de familiaridades indecentes. Mi muger no sabiendo cómo defenderse grita á su socorro; yo estaba en un cuarto vecino, y advertido por sus gritos, corro á ella, y la encuentro despeinada, que opone la resistencia que puede al Duque que combatía, para tomarla la mano, y abrazarla. No hay monstruo por bárbaro que sea, que viéndose sorprendido por un hombre que tiene todos los derechos de marido, no se contenga en su presencia; pero aquel jóven era tan inconsiderado y violento, que con tono de imperio, como si fuera su criado, manda que me retire.

Ya podeis discurrir cuál seria mi indignacion; por desgracia yo tenia mi espada al lado, la desenvaino, y le digo que se defienda, él saca la suya, y esta vez la razon triunfó de la iniquidad: una estocada le abre el pecho, y le hace vomitar el alma. Al instante sentí todas las consecuencias de esta tragedia, por el crédito de sus parientes, y me pareció necesario huir. Tomo pues un caballo, y me pongo en fuga: sola mi muger podia saber el cómo habia pasado el lance, y la circunstancia de haberle muerto en mi casa, le agravaba mucho contra mí. Procuré esconderme en la de un paisano y allí supe que se me hacia el proceso, que se me habian embargado todos mis bienes, que se me buscaba por todas partes, y que se habian prometido veinte mil pesos al que pudiera descubrirme.

No era ya posible ir á un país extranjero; porque pensé que todos los caminos y puestos estarian advertidos, y viendo que en aquel retiro estaba muy espuesto, porque todos me conocian en el pais, me pareció preciso buscar otro mas léjos. Me acordé de un criado antiguo y honrado que se llamaba Nicolas, y que se habia casado en este lugar; era ya viudo y sin hijos: estas circunstancias me parecieron propias para fiarme en él únicamente: por otra parte la vecindad de la corte me pareció otra razon de preferencia, pues nadie pensaria, que yo quisiera acercarme á los que me buscaban. Con esta idea vengo á este lugar disfrazado, y sin marchar más que de noche, llego, hallo solo á Nicolas, y ocupado en el cultivo de un huerto que le habia dejado su muger; concertámos que diría que yo era un mozo que habia tomado para ayudarle en el trabajo: él me enseñaba en efecto, y yo le ayudaba.

Pasado algun tiempo, cuando me pareció que todo estaria mas sosegado en mi pais, pido á Nicolas que vaya á mi casa, que procure ver á mi muger, que la instruya de mi situacion, y me traiga noticia de la suya y la de mis hijas; pero cuál es mi asombro, cuando una noche cerca de la una de la mañana, oigo que tocan á mi puerta, salgo á ver quién era, y oyendo que era Nicolas, le abro, y veo entrar con él á Sinforosa, con mis hijas: yo me arrojo en sus brazos, y para no detenernos ni en mi sorpresa, ni en nuestro llanto, os diré solo que mi muger, sabiendo dónde estaba, quiso venir con Nicolas; que este porque no fuera descubierta, tampoco andaba sino de noche; que él y mi muger traian en sus brazos á mis dos hijas, y que despues de un viage muy largo y penoso, Dios las condujo á este asilo con felicidad.

Despues de esta reunion que se hizo ha cerca de diez y ocho años, mi muger y yo hemos vivido aquí felices; ella educaba mis hijas, y yo trabajaba en el huerto, sin envidiar ninguna otra dicha. El primero que nos faltó, fué el buen Nicolas, que me dejó la herencia de su huerto: despues la muerte arrebató á mi amada Sinforosa. Su falta me sepultó en un

abismo de dolor; pero la necesidad de cuidar y mantener á mis hijas me hizo volver á trabajar en mi huerto, y él bastaba para nuestra decente subsistencia; pero un accidente que me ha lastimado una pierna, me quitó los medios de trabajar, y ha sido el principio de nuestras miserias. Viéndonos en las mayores estrecheces, Lucía pensó en ir á acomodarse en Madrid, para ayudarnos con su corto salario, y el cielo la inspiró este pensamiento sin duda, pues la condujo á vuestra casa, para traeros aquí, para que ampareis á mis dos hijas en su orfandad, y así yo muera consolado.

Desde que Alberto acabó, la Condesa y el Capellan, que no habian cesado de acompañarle con sus lágrimas, volviéron á acercarse á su lecho para darle todos los consuelos posibles. La Condesa le aseguró de nuevo todo lo que podia tranquilizarle, hizo venir á las muchachas, y dijo á Lucía, yo voy á partir, pero es para volver; quédate tú á asistir á tu Padre, tambien se quedará Don Francisco para pensar en que se le cure. Yo volveré presto, y espero volver con el consuelo de todos. La Condesa parte sin mas compañía que la del Gentil-hombre, el Capellan se informa de que en otro lugar inmediato hay un buen cirujano, lo envía á llamar, viene, y reconoce que la pierna está en muy mal estado, que se ha descuidado mucho la llaga, y que ya está la gangrena tan adelantada, que le parecia imposible contenerla.

Entretanto la Condesa vuelve á Madrid, va en derechura á la familia de Palma, que entónces consistia en la madre del difunto, porque el padre habia muerto. La Condesa que era muy amiga suya, sin descubrirla dónde estaba el matador de su hijo, la refiere una parte de lo que acaba de oír, habla por él, la pide que le perdone; y como el resentimiento estaba ya tan frio, y ella por otra parte era dama muy religiosa, consiente en ello, la hace firmar un acto de desistimiento de su accion, y corre al Ministro para que obtenga la gracia del Rey. El Ministro no hacia casi memoria de este asunto, fué menester esperar á la noche, que era hora del despacho. Como este negocio estaba olvidado, y el Rey vió el desistimiento de la parte ofendida, no tuvo dificultad en conceder la gracia: esto no se pudo concluir hasta las nueve de la noche. Entónces vuelve otra vez para el lugar con aquella impaciente satisfaccion que siente un corazon generoso, cuando sabe que lleva beneficios, y que va á hacer dichosos.

¡Pero ay! su celo era inútil: el pobre Alberto, á pesar del cirujano y sus remedios, se sintió peor, y habia dado su alma á Dios dos horas ántes de que llegase la Condesa. Encontró la casa cubierta de tristeza, y las dos hijas que daban alaridos. Mucho sintió el malogro de sus esperanzas, y no encontrar mas que pesares, donde creia traer tantos consuelos; pero se resignó en la voluntad del cielo, y haciéndose cargo de que en aquella estacion no era fácil aliviar á las desconsoladas hijas, á pesar de que era muy tarde, dió orden de que se diese una hora de descanso al ganado para volverse, y dejó allí á su Capellan, para que al otro día hiciese dar al difunto decente sepultura, y llevándose las dos muchachas, se volvió con ellas á Madrid.

Allí las alojó en una pieza decente; y no trató más á Lucía como á su criada. A las dos hermanas las puso en un estado conforme á su calidad, las hizo comer á su mesa, y por el amor y estimación que las tenia, las trataba como si fueran sus hijas: una y otra lo merecieron con su conducta y prendas, y Lucía á pesar de la mudanza de su condición, la

quería servir siempre como criada, y la amaba como á su propia madre. La Condesa no contenta con estos servicios, las casó con personas distinguidas, que el mérito y virtudes de las dos hermanas hicieron solicitar para esposas suyas. De estas dos ilustres aldeanas descienden hoy muchas de las más esclarecidas familias de España.